

Colonización amazónica

Sobre la colonización en general

Colonizar una región quiere decir tomar posesión de ella, conectarla con los intereses de grupos humanos crecidos y establecidos fuera de los límites de la futura colonia. Colonización, por ende, es expansión humana tanto en lo que se refiere al comercio, cuanto a ciertas formas de civilización y de cultura, a instituciones de cultos religiosos o de enseñanza, o a grupos de hombres que aprovechan de sus posibilidades o ceden a sus necesidades para implantarse fuera de su tierra natal, de un modo fugaz, o permanente.

Los límites entre migración, expansión y colonización, no son siempre fáciles de trazar. Si algo distingue al colonizador de la persona que simplemente se mueve e inmigra en terreno ajeno, lo es un grado más elevado de su conciencia social con referencia a su grupo original, es su decisión más o menos clara de mantener ciertos lazos, y cierta orientación con éste, como cuando el creyente islamita, al decir sus oraciones, se dirige siempre hacia la Meca demostrando con este gesto tan sencillo, que forma parte de un solo campo espiritual. Pero no hay limitación estricta entre ciertas migraciones de grupos y colonización.

El mediterráneo europeo, cuna de la civilización occidental, da múltiples ejemplos de las diversas formas de colonización desde los tiempos más remotos, del neolítico europeo (alrededor de 2500 a. C.), época de la cual se nos han conservado los dólmenes y menhires, monumentos gigantescos de una expansión cultural prehistórica. Hay la historia de la colonización comercial de los fenicios. “Su inmenso esfuerzo colonizador permitió a los fenicios crear sobre las costas del Mar Negro, del Mar Egeo y del Mediterráneo oriental y occidental, sólidos puntos de apoyo para su imperio comercial; completaron su obra con la institución de las ‘concesiones’, con la creación de los sufetas y la conservación del

secreto de los itinerarios marítimos y de las tierras nuevamente descubiertas” (Lionello Cioli, *Historia económica, antigua y medioeval*, 1940). Fueron entre los primeros para extraer y negociar materias primas. Hubo allá también la colonización blanca del desierto, por los nómades bereberes, con sus camellos, progresando desde el Oriente, a raíz, como parece, de un gran movimiento humano que empujó a estos nómades que más tarde se amalgamaron con los conquistadores árabes.

Hubo la colonización militar de la Roma republicana (de los Gracos, de Sila), interesantísima por combinar fines de dominación política con otros meramente sociales y económicos, obra que tuvo una continuación grandiosa en la política de César. Hubo las guerras púnicas que eliminaron a los fenicios del Mediterráneo sacándolos de sus colonias, sus materias primas, su comercio, modelo de lo que aconteció tantos siglos más tarde en las guerras comerciales entre las naciones cristianas europeas.

Los navegantes griegos colonizaron incesantemente comenzando por el Mar Egeo. Atenas colonizó para deshacerse de ciudadanos empobrecidos y, por eso, sediciosos. La crisis económica resultó de un número elevado de esclavos y de gastos bélicos subidos que condujeron al pauperismo. Esparta envió a sus hijos menores afuera, del mismo modo como lo hicieron los ingleses y otras naciones, muchos siglos después.

Los árabes colonizaron el “Moghreb” y España, y la importancia cultural de su ráfaga es conocida de todos, “bloqueando” por siglos a gran parte de la Europa cristiana, bloqueando económicamente, transmitiendo, al mismo tiempo, el tesoro de la civilización antigua, que inició el florecimiento cultural de Granada y de la corte siciliana de Federico II, el Hohenstaufen.

Más tarde hubo la colonización mercantil de Génova y Venecia, y ésta dejó de existir cuando vino otra, turca, militar y cultural, ocupando Asia Menor, Chipre, parte del norte de África.

Casi hemos asistido a la última colonización francesa de la misma zona, empresa en la cual el mariscal Lyautey ha desempeñado un papel inolvidable y clásico para los tiempos venideros, exaltando por primera vez esta enorme importancia que tiene un servicio sanitario inteligente y eficaz para una hazaña “colonizadora” (compárese mi exposición sobre “Actualidad y Mejoramiento de la Condición Sanitaria en el Oriente”, en *Bol. Salubridad*, Lima, 1941).

Desde la antigüedad conocemos, además, la distinción entre colonización “interior” y “exterior”: la interior se refiere a la utilización de terrenos antes inhabitados o inhabitables, al reemplazo de dueños desagradables, por colonos deseables; la exterior, se dirige hacia terrenos ocupados, en su mayoría, por “bárbaros”, por gentes que no tienen la fuerza, la unidad, la voluntad para rechazar al colonizador que invade

su terreno, y les domina mediante la fuerza de sus armas o de sus prácticas y conocimiento, superiores en poderío bélico, náutica, organizador, mercantil —o que simplemente les provee con productos extranjeros, inaccesibles de otro modo y muy codiciados, comprándoles al mismo tiempo sus propios productos. La colonización “interior” es una fase tardía; la “exterior”, el principio de la ocupación de una región.

Todos saben cómo la expansión de los pueblos europeos sobre el globo efectuó las más profundas revoluciones en la existencia de los grupos humanos, intra y extraeuropeos, en los más distantes rincones del planeta. La primera hazaña de esta índole fue aquella empresa audaz y genial que se une al nombre de Alejandro de Macedonia, quien “helenizó” el Oriente hasta las Indias, fundando ciudades e instalando de todas partes veteranos de su ejército, dándoles “tierras coloniales”, en recompensa a los servicios prestados (compárese la bibliografía en la obra citada de Cioli). Se estableció un “sinoikismo”, una simbiosis, entre estos veteranos, los griegos emigrados, los nativos helenizados y la masa subyugada, autóctona y multicolor. Fue, como lo dice acertadamente el sociólogo de la cultura, Alfred Weber, “la manifestación de la manera en que lo helénico, provisto de las formas griegas de vida, quería expansionarse hacia el Este, con la intención de asegurar su imperio no sólo mediante la fuerza militar y el aparato burocrático, sino también mediante su tipo de vida”. “En su calidad de tales, dichas ciudades se convirtieron en los centros de la producción cultural del helenismo, en la medida en que éste representaba todavía esencialmente el auténtico modo de ser griego que asimilaba todavía los elementos extraños. Claro está que por fin ese subsuelo extraño tenía que llegar a penetrar, incluso en las cristalizaciones más firmes y sólidas, y fundirlas en una nueva mezcla, creando con ello un helenismo esencialmente diverso, que más tarde sería uno de los elementos fundamentales de la hechura y del ropaje del Cristianismo” (*Historia de la Cultura*, edición mexicana, 1935/41, p. 146).

Si me he detenido en este acontecimiento fascinante de la historia militar y cultural de la humanidad, la razón se encuentra en el hecho de que esta “colonización”, fugaz como fuera, desde muchos aspectos, es de importancia fundamental para hacer comprender lo que es “colonización”, y para apreciar cómo ésta, depende de todos los factores diversos que actúan según el lugar, el tiempo y los grupos humanos que intervienen en ella, para enterarse, también, de la reciprocidad ineluctable de las influencias que induce todo acto de “colonización”.

Cuando los fenicios colonizaron el Mediterráneo, lo hicieron como comerciantes, y no es para sorprenderse que motivos y métodos muy semejantes se notaron muchos siglos después al colonizar los ingleses

las Indias. Dijo Carlos II, en su carta foral del año 1661:³¹ “Por Nuestra gracia, amplia y abundante, hemos garantizado a la Compañía de Comerciantes que trafican con las Indias Orientales que ellos y sus sucesores gozarán en adelante para siempre del negocio íntegro y único, y de la libertad, práctica y privilegio, íntegros y únicos, del tráfico con la Indias Orientales. Prohibimos a todos nuestros súbditos visitar o negociar allá basándonos en la gracia de Nuestra prerrogativa”. Se impidió, igualmente, en cuanto era posible, tal privilegio a comerciantes de otras naciones. Fue expresión sincera este interés vigoroso del comerciante (e industrial) de oprimir al competidor o por lo menos de perjudicarlo. Si las cosas se desarrollaron en otra forma que 2300 años antes, en los tiempos de los fenicios, eso se comprende por muchas razones, por la condición social adelantada de los ingleses mismos, y por la competencia con otras naciones, como los holandeses y franceses, en tiempos de una política mercantilista cuya importancia creció continuamente. Pero lo que resultó, finalmente, fue “colonización”.³² Comenzó en forma comercial pura

³¹ Dice Max Weber (*Historia económica general*, 1923-42): “Las adquisiciones coloniales de los Estados europeos han dado lugar en todos ellos a una gigantesca acumulación de riquezas dentro de Europa. El medio utilizado fue el monopolio de los productos coloniales, es decir, el derecho de transportar a ellas las mercancías, y, por último, las oportunidades de ganancia que ofrecía el transporte entre la metrópoli y las colonias, tal como fueron aseguradas por el Acta de Navegación inglesa de 1651”. “Podemos distinguir al respecto dos tipos principales de explotación: el *feudal*, en las colonias españolas o portuguesas, y el *capitalista*, en las holandesas e inglesas”.

“Las colonias capitalistas se resolvieron por lo regular en *plantaciones*. Los indígenas suministraban la mano de obra necesaria. Sus posibilidades de utilización parecieron ampliarse extraordinariamente cuando se trasladó a la Polinesia este sistema de trabajo con el cual se habían hecho buenas experiencias en Asia y en África. Pronto se evidenció que los indios eran absolutamente inservibles para el trabajo en las plantaciones...”.

Nuestra Amazonía apenas cuenta con plantaciones, y hasta hoy el indio no se ha mostrado muy dispuesto a ponerse a su servicio.

³² Por lo contrario, los *cosacos* (al principio bajo el caudillo Yermak) colonizaron Siberia, originalmente una Guardia de Corps para los comerciantes Stroganoff, mercaderes en materias primas, en pieles, que querían aprovechar de estos guerreros atrevidos para protegerse. Estos jinetes, nacidos de “una hermandad de vagabundos y desterrados” (*Lamb*), instalaron colonias militares estables que rápidamente se extendieron hasta el Ob, el Yeniséi, el Lena, el Océano Glacial Ártico (1575 hasta 1656). Ha sido una de las más perfectas organizaciones de *penetración colonizadora-militar, agrícola defensora*, estable en su espíritu luchador aunque abierta a mucha mezcla, principiando por los tártaros hasta con los “cantonistas”, niños judíos bautizados a la fuerza, en los tiempos de Nicolás I. Siberia, desde el zar Alexis Michailovich, como Australia, en gran parte fue colonizado por convictos, pero Siberia por políticos muy inteligentes, Australia más bien por reos vulgares. Lo importante, en ambos casos, fue lo irrevocable de la inmigración, la coerción, la distancia, las que hacían que la inmigración fuera en alto grado definitiva. Los hombres se quedaron, y en el ambiente nuevo desaparecieron los motivos de la criminalidad, aunque se mantuvo el nexo cultural con el país de origen. Como lo dice con mucha cordura Ford (*Desviación social*, 1939): la política del penalista se asemeja a la del médico. Ambos buscan las causas, médicas o sociales, y fortalecen, mientras tanto la resistencia, sea del organismo, sea del carácter, de la personalidad. El individuo es, en alto grado, producto de su sociedad. La vida del colono se determina, se regulariza por el ambiente social que crea o que se crea alrededor de él.

para proveerse pronto con poderío militar y político, pero sin la inversión de “colonos” estables que se incorporaran de un modo definitivo a este “imperio”: el inglés formó una “casta” de amos que nunca perdió la comunicación estrecha con su país natal. Esta experiencia también es digna de toda atención. Una situación tradicional no nace de la nada.

En el siglo xvii, las Indias acaso fueron aún más malsanas que hoy en día. El año 1638 marca el principio de la utilización de la cascarilla-quinina, acontecimiento al cual nuestro maestro de Higiene, doctor don Carlos Enrique Paz Soldán, ha dedicado un ensayo de rara belleza. Fue en el año 1672 que Legras llevó la Ipecacuana a Europa, esta droga de empleo curativo eficaz que la medicina científica debe al empirismo de los indios Tupí-Guaraní (véase Ramón Pardal, *Medicina aborígen americana*, 1937). Sólo después de extenderse estos tratamientos hubo algo como curaciones eficaces del paludismo y de la disentería. Se comprende que la mortalidad de los extranjeros establecidos en las Indias, en estos tiempos, fue muy elevada. Maurice Collis, en su estudio magnífico sobre “Siamese White” (1936) dice con mucha razón que los ingleses todavía no habían aprendido a vivir, impunemente, en los trópicos. “El cementerio siempre estuvo lleno. Los que sobrevivieron ganaron dinero, pero tuvieron que darse prisa. Fue muy arriesgado permanecer más de 10 años allá, sin estaciones de recreo (*hill stations*), y sin la posibilidad de un cambio, aunque pasajero, con el clima de su patria”. Tal vez así se originó un motivo importante para la conducta tan típica del inglés, conducta que demuestra hasta hoy en los países “coloniales”. El inglés de estos tiempos, además, se preocupó de sus derechos y privilegios, cívicos y religiosos, y esta actitud le frenaba eficazmente al aventurarse en países extranjeros como las Indias.

En otra dirección se desarrolló el inmigrante en la América del Norte, continente de un clima, por lo general, mucho más clemente y sano. Faulkner nos dice al respecto: Nadie a descrito el espíritu norteamericano mejor que Benjamín Franklin. En una carta titulada “A los que quisieran trasladarse a América”, escribió: “En Europa la estirpe tiene realmente valor; pero es un lujo cuyo peor mercado es América, donde la gente no investiga respecto a los extranjeros, ¿quién es?, sino ¿qué sabe hacer? Si tiene algún conocimiento útil, es bien recibido; si lo ejerce y se porta bien, será respetado por todos los que le rodean; pero un hombre de linaje que por esta razón quiere vivir del público, mediante un puesto o un salario, será despreciado y maltratado. El labrador se halla en auge aquí, e incluso el artesano, porque resultan tan útiles. Un viajero inglés, escribiendo sobre el “trabajador americano”, dice: “No se arrastra ante nadie; llama a cada hombre Señor, pero a ninguno dice Amo. Eso era el espíritu fronterizo”. (Faulkner-Kepner-Bartlett, *Vida del Pueblo Norteamericano*, México, 1941.)

La colonización americana —que se revolvió después contra las máximas comerciales de la madre patria— fue una colonización de burgueses, de puritanos, después de pequeños labradores, frecuentemente con el arma y la Biblia en la mano, una colonización que terminó con los autóctonos, que les redujo a la existencia de animales en jardines zoológicos, dentro de sus reservaciones. No puedo analizar este fenómeno de singular interés que resultó, por desgracia, en forma muy comprensible del movimiento colonizador de gentes sencillas, con fuertes lazos familiares, hondamente convencidos de su “derecho”, movimiento popular migratorio muy fuerte que interfirió con los derechos de los aborígenes, en medio de malentendimientos, pequeños y grandes, fomentados a veces por intereses ajenos a los de los indios, pero abusando de ellos para combatir inútilmente ciertas fases de la colonización progresiva. No mencionaría esta situación si algo semejante no acaeciera a menudo en la Amazonía. *Sin embargo, el Continente del Norte, con su inmigración europea, ininterrumpida durante un siglo, no necesitaba de los autóctonos.* El colono mismo cultivó sus cereales, su algodón. Entre él y el indio se estableció un “conflicto desigual”; uno debía ceder, desaparecer, si no se encontraba la solución de una asociación. Así sucumbieron los indios, los antiguos amos de la tierra, ellos y sus animales de caza; así se implantaron los inmigrantes cambiando el aspecto de la naturaleza, imponiéndose, dominando sabanas, Sierras, desiertos. *La conquista del Continente, del Este hasta el Oeste, se hacía sobre la base de una “colonización” sistemática por agricultores, rancheros y mineros.*

La colonización holandesa en el Mar Pacífico del Sur (Java, Sumatra) fue muy diferente. Aprovechó hasta el más alto grado de los progresos científicos y técnicos; estableció, de este modo, la más densa población que hasta hoy se ha obtenido en las condiciones de la Selva tropical, a raíz de sus cultivos modernos de plantas económicas, industriales y alimenticias, bajo la protección de un servicio médico competente que formó centros de estudios y de trabajos higiénicos de reputación mundial. Creó una población mestiza, quizá, un poco renitente y políticamente agitada, por un movimiento “nativista”, pero altamente capacitada; *creó algo que es modelo de una penetración tropical, por medio de plantaciones, aprovechando de todos los elementos humanos a su disposición para desarrollarlo.*

En estas colonias se ganaron fortunas, se crearon industrias, acaecieron crisis económicas como aquella que hizo destruir cosechas íntegras de melaza, a raíz de la sobreproducción que no fue acompañada de un aumento correspondiente del consumo de whisky. Si repetidas crisis amenazaron las plantaciones de caña, lo mismo no faltó en otras, de jebe, y ha sido objeto de estudios económicos y de restricciones en el país de mayor producción, Malaca (*British Malaya*) (con 476 000 toneladas, en 1934). Intervinieron el desarrollo del jebe sintético y las variaciones de

ofertas y demanda, de tal suerte que los precios variaban considerablemente. Riedel (*Industrial Chemistry*, 1937) da la lista siguiente de precios, en centavos \$ por libras, Nueva York:

1929	21	3/4 a 20	5/8
1930	15	7/8 a 9	3/4
1931	8	1/4 a 5	7/16
1932	5		a 3 5/8
1933	7	3/4 a 3	11/16
1934	16	5/8 a 10	
1936	12	5/8 a 11	11/16
1937	25	3/8 a 20	9/16

Si me detengo en estas cifras que no reflejan aún la situación anormal actual, creada por la guerra, lo hago porque la producción futura del jebe en la Amazonía, forzosamente será influenciada por otra, natural y sintética, que se obtendrá, quizá, en condiciones variadas, en los antiguos centros de su cultivo o fabricación; será influenciada si no en la producción por lo menos en su precio mundial, que es un factor de vital importancia para la vida del seringero. La economía mundial depende de cierta conformidad que revoluciones y guerras interrumpen, en un ensayo vehemente de cambiarla. Pero después del cataclismo, se establece un nuevo equilibrio, una nueva conformidad, con regulaciones automáticas, dotadas de fuerza extraordinaria, que se traducen en fenómenos sociales.

No es preciso que discuta muchos ejemplos más de “colonización” para aclarar los aspectos, un poco variados, de los procesos que merecen ser llamados así. La inteligencia humana no ha cambiado mucho desde los tiempos de Alejandro y de su gran maestro Aristóteles; muy poco, seguramente, han cambiado los motivos y los métodos generales, pero sí de modo asombroso los recursos técnicos. Éstos han progresado en forma vertiginosa a raíz de la revolución industrial del siglo XIX, con sus consecuencias infinitas en los campos de la Física y Biología, asimismo de la Medicina (compárese Sir William Osler), con la creación de métodos científicos, con la conquista de los centros de enseñanza por el mismo espíritu experimental y crítico, con la “democratización” de estos progresos —en contraste bien pronunciado con la obra de los precursores del Renacimiento que, tan nobles que eran, siempre quedaron aristócratas aislados, sabios que pertenecían a una capa, a un “estatus” social, de número reducido y de gran exclusividad (compárese Max Weber, *Historia Económica General*, 1924/42, con bibliografía: *Origen del Capitalismo, Política Colonial desde el Siglo XVI hasta el XVIII*).

Pero sólo en los últimos tiempos estos progresos se han puesto al servicio de la colonización mundial.

Si antes cada país adelantado buscó colonias, hoy en día el interés se concreta, muy a menudo, más bien en “mercados”. Tratados comerciales establecen posibilidades y obligaciones de compraventa, en gran escala, que reemplazan favorablemente el régimen colonial, costoso y lleno de obligaciones y responsabilidades que el contratante poderoso puede ignorar y descuidar. En las oficinas de los centros mundiales, lejos de las tinieblas de la Selva, se discuten los problemas económicos, las entregas, los precios, y todo eso no parece tan brutal como lo es, si uno debe ocuparse del mismo asunto, en el ambiente productor, en un país “colonial”. Un estatus colonial, en primer lugar, es la situación dependiente de una región proveedora, dotada de menos fuerza. Tal estatus, hasta cierto grado, se elimina por la “colonización”; no hay identidad entre ambos: la colonización unifica, el estatus colonial separa.

La primera colonización de la Amazonía

Y ahora nuestro continente, nuestro país, nuestra Amazonía.

Es bien conocido cómo el desarrollo político, económico y conceptual (náutico y “cosmográfico”) en el mundo mediterráneo, después del avance de los musulmanes,³³ instigó a los conquistadores del globo, desde Enrique “El navegante”, lo es también cómo el hambre de especias y de otras mercancías del Oriente, y el hambre de oro y de poder se convirtió en descubrimiento; asimismo cómo se descubrió este Continente a raíz de tal inquietud de los condotieros del mar. Y cómo, por fin, se conquistó el Perú. La colonización “criolla” terminó con la independencia política; la colonización de Costa y Sierra, ineluctablemente, indujo otra, dirigida hacia el Oriente, hacia la Montaña. Como tantas veces en la historia humana, esta evolución expansionista tuvo *su precursora en un movimiento anterior, de los Incas mismos, que empujaron ya fuertemente hacia la Selva dejando hondas huellas de su empresa.*

Sin eso no hubiese sido posible la rebelión de Juan Santos Atahualpa (*Juan Santos el invencible*, por Francisco A. Loayza, Lima, 1942): “Peregrinó... por la Montaña, desde las márgenes del Chanchamayo hasta las del

³³ El tráfico seguro de las especias se perdió a raíz de las actividades bélicas de los turcos chagatai, a raíz de la hazaña militar de Tamerlan, de la cual dice Harold Lamb (*La Marcha de los Bárbaros*, ed., española, 1943): “Tomó a estos dignos mercaderes de esclavos, venecianos y genoveses del Mar Negro, y los vendió como esclavos. Tal golpe al tráfico por tierra contribuyó a dirigir las dos repúblicas comerciales hacia el mar, al fin del siglo XIV, en busca de nuevos mercados”. Me refiero a su magnífica exposición de las consecuencias de la “marcha de los bárbaros”, consecuencias que llevaron, por fin a la “Conquista”.

Napo. En estos trabajos prerrevolucionarios causan admiración los difundidos en las extensas regiones de la Montaña; donde moraban, con sus respectivos jefes, muchísimas tribus de costumbres e idiomas diferentes, y en continuas guerras unas contra otras. Para unificar tales agrupaciones humanas, era preciso poseer una gran fuerza espiritual, una valentía contagiosa, y una constante tenacidad altruista; primeramente, para atraerlas, después para convencerlas, y finalmente para agruparlas en torno de un ideal, el ideal de la Libertad. Y a fines del mes de mayo de 1742, Juan Santos Atahualpa enciende la Rebelión en toda la Montaña, con indios armados únicamente de flechas. Pasado cierto tiempo estos bravos guerrilleros montañoses manejan armas de fuego, tomadas a los españoles, después de batirlos y aniquilarlos. Los mejores indios flecheros de los afluentes primarios del río Amazonas acuden entusiasmados, con su valentía cruel y bárbara, al llamamiento emancipador. E invaden, con todo su arrojo brutal y cauteloso, los pueblos gobernados por los españoles y convertidos a la Religión Católica”.

Estas breves palabras arrojan alguna luz sobre los problemas más diversos de la Montaña.

Recuerda el padre Pedro Simón (*Historial de la Expedición de Pedro de Ursua al marañón y de las aventuras de Lope de Aguirre*, Lima, 1942) el rumor que corría, casi 200 años antes de la Rebelión de la Montaña, en el año 1558, de que indios del Brasil habían migrado hasta la provincia de los Motilones, en el Perú “trayendo en su compañía dos españoles portugueses, parte por el río Marañón y parte por tierra”. Fue el espejismo del Dorado, fue también testimonio de estas migraciones incesantes de los indios que ya en estas remotas épocas de la conquista se coaligaron con extranjeros...

En el río Napo, el marqués de Wavrin (*Mœurs et coutumes des Indes sauvages de L'Amérique du Sud*, Payot, Paris, 1937, p. 610) encontró una leyenda bien interesante:

Antaño en esta región no hubo vegetación alguna; el suelo fue suave y joven. Cuando se endurecía, tiempos después del diluvio, creció la selva. Los indios no hablaron el quechua, sino un idioma que se ha olvidado. Sabían conversar con los animales y los pájaros; fueron completamente salvajes. El papa de Roma les enviaba el rey Inca para instruirles y para enseñarles el quechua y la civilización. Este Inca vino hasta la Montaña de Latas, en el Alto Napo. Allí quiso construir una ciudad. Había traído un negro para que consiga todos los materiales necesarios, pero el negro no tuvo la fuerza para terminar su tarea. Se convirtió en trompetero...

Wavrin discute muy acertadamente cómo diversos indios prohíjan a niños extranjeros si lo creen conveniente (p. 408); menciona cómo acep-

tan a huéspedes que se les imponen sin provocar hostilidades. “De verdad, este huésped, aceptado como amigo, pronto ejercerá un ascendiente real sobre esta gente sencilla que él domina por sus conocimientos especiales o que protege contra los abusos de otros civilizados haciéndose el intermediario aventajado en el negocio con civilizados y vecinos, a favor de su grupo. Se entiende que tal influencia frecuentemente puede ser funesta si se trata de un criminal o de un civilizado de instintos perversos”. He tratado de este problema, siempre agudo, pero muy antiguo (como lo demuestra nuestra cita anterior), a raíz de observaciones propias que comprueban ampliamente la opinión de Wavrin.

Creo que todo eso nos facilitará mucho formarnos una idea más verídica sobre el grupo humano autóctono cuyo conocimiento es imprescindible para poder abarcar el problema de la colonización amazónica.

La primera colonización amazónica de la cual resultaba lo que llamamos “los autóctonos”, fue efecto de numerosas intrusiones y migraciones de primitivos o de gentes que se adaptaron fácilmente a la vida primitiva, quedando casi todo eso fuera del alcance del conocimiento histórico. Paul Radin (*Indians of South America*, 1942) lo ha dicho con cordura: “como hacia un último refugio, grupos humanos y culturas parecen haber convergido de todas partes a esta sección del continente sudamericano”. Menciona el Orinoco y el Amazonas, y las diversas Cordilleras. “Pero estas colisiones incesantes y vehementes de pueblos y culturas impidieron el desarrollo de culturas de integración superior. La atmósfera es fundamentalmente la de la frontera y del crisol”.

Se elaboró una vida arcaica, con un mínimo de organización, sostenida por pequeños grupos de cazadores, o pescadores y cazadores, con chácaras primitivas hasta limitándose, a veces, a la recolección de los frutos silvestres. Nadie sabe exactamente cuándo y cómo entraron los diferentes elementos humanos en la fusión indígena amazónica. No hay hipótesis que no haya provocado serias refutaciones. Pero las pequeñas citas antes enumeradas, nos muestran que el proceso de fundición étnica nunca llegó a calmarse por completo. He hablado de esta “infusión por gota a gota” que podemos demostrar. De ahí resulta, como lo he expuesto hablando de la “Civilización del Indio Selvícola”, gran parte de la diversidad tipológica del hombre amazónico. Además, hay cierta diversidad de civilización y costumbres, fácilmente olvidadas frente a los rasgos principales que la vida selvícola del autóctono tiene en común. El hombre amazónico, cautivo de su ambiente y sin recursos técnicos superiores, vivió, según las palabras de Chapple y Coon, “un animal humano que no pudo transtornar seriamente el equilibrio ambiental de plantas y otros animales”. Dicen los geógrafos White y Renner —y lo cito como reflejo de la opinión oficial de los gremios científicos—: “Después

de centenares de años que la Amazonía ha sido ocupada por hombres, ella sigue en su condición primitiva, y el hombre no ha cambiado sino de manera desdeñable. Se estima que en esta vasta área, tan extensa como Argentina, no hay más de 100 millas cuadradas de terreno cultivado” (E. D. Chapple y S. C. Coon, *Principios de Antropología*, Nueva York, 1942; y Langdon White y G. T. Renner, *Geografía, una introducción a la ecología humana*, 1936.)

Lo que aconteció fue acomodación perfecta del “animal humano” al ambiente difícil de la húmeda selva amazónica, una “acomodación pasiva” en la cual el ambiente quedó dominante, pese a las pequeñas variaciones introducidas por migraciones y mezclas (*miscegenation*, de la bibliografía americana, compárese Emory S. Bogardus, *Sociología*, 1941): la amalgamación siempre fue “amazónica”.

Sin embargo, esta “vida autóctona” se desintegra en la actualidad, a consecuencia de esta nueva, segunda, colonización que le impugna su “espacio vital”, sus terrenos de caza y pesca imprescindibles, que soborna grupo tras grupo provocando codicias introduciendo cierta “domesticación” del indio selvícola (Kuczynski, 1943) como base cómoda de su cooperación tan esencial para los fines que persigue “el colono”. Contamos con 80 a 120 000 indios selvícolas —el número exacto es absolutamente desconocido—, pero tan sólo una parte ínfima no se encuentra en una condición más o menos adelantada de “domesticación”; hay muy pocos grupos que no cooperan de un modo o de otro en los fines económicos de los colonos.

En nuestro territorio, esta evolución data, en sus principios, de la colonización incaica, pero se ha intensificado y ganado importancia en los últimos 60 años, desde 1880, más o menos. Ha creado una amalgamación profusa de diferentes elementos étnicos, de indios mestizos de las pendientes andinas, de indios selvícolas, y recientemente de inmigrantes de diferente estirpe, lo que nos induce a hablar del “colono mestizo”, en contraste con el indio amazónico que, por supuesto, también es mestizo, pero que, por sus costumbres y su vida apartada nos parece —con o sin razón— distinto, más homogéneo, quizá, simplemente a causa de nuestra ignorancia. Así, por lo menos, opino cuanto más le conozco y aprendo de los acontecimientos del pasado que han influido sobre su “substancia”. Pero el “colono nuevo” es mestizo por excelencia, y en este sentido merece su denominación.

El indio autóctono, al abandonar su vida natural y “zoística” se pone en el último escalafón de la estratificación social que rige, hasta cierto grado, también, en la vida del colono. Ésta prolonga la vida cívica del conjunto de los ciudadanos, prolonga la vida económica del Estado, se orienta más y más, conforme a intereses nacionales; y por eso, se hace

“colonizadora”. El indio selvícola, al asociarse en forma primordial a esta empresa, no logra integrarse en este nuevo orden a la par de las pérdidas que su paso decisivo de asimilación progresiva le inflige. Se hace proletario e ilota, a raíz de su ignorancia en materias cívicas; se hace siervo, pese a su maestría en materias de la selva, donde su cooperación es necesaria y preciosa. Se establece una “distancia social” notable entre él, y el grupo de colonos, más aún, entre él y las capas instruidas de la nación. El jefe indio habla con el alto oficial en tono de igualdad; pero asalariado por el colono, se hace peón analfabeto. Sin su contribución, no hay la “industria” del colono, pero el precio de esta ayuda es el aniquilamiento de muchas existencias que no han aprendido a resistir a los peligros que surgen de la nueva situación.

Esta primera “colonización mestiza” encontró un auge por la coyuntura del jebe; cayó en la desgracia económica con su decadencia, y está preparándose para un nuevo apogeo. La asimilación del indio selvícola siguió adelante pese a las vacilaciones económicas; por lo contrario, al concentrarse los intereses de los colonos en la “industria extractora”, el indio fue más necesario que nunca; el colono se hizo empresario e intermediario. El terreno a su alcance valía igual al número de indios que colaboraron con él. Así se procuró pieles, resinas, alimentos. Este modo de proceder, altamente típico, se hizo responsable de la devastación de muchas “riquezas” de la selva, porque quien ejecuta el trabajo, hasta sumo grado, determina su carácter. *En esta empresa, el indio analfabeto “domesticado” queda como un culí de muy baja categoría. En eso radica lo trágico del desarrollo: la primitividad de la “industria” de extracciones, y de caza de pieles, obliga a ampliar continuamente el radio de acción y de destrucción. Esta industria no siembra, ni cosecha, no transforma, ni ennoblece, no educa, ni desenvuelve capacidades. ¡Empobrece! ¡Devasta!... Incurre en correrías que amenazan la existencia de otros indios, en toda clase de acciones que obligan paulatinamente al indio selvícola o ya domesticado, a abandonar de modo progresivo su antigua vida, sin encontrar la ayuda necesaria para acomodarla al nuevo orden de cosas.*

No se puede conjeturar sobre la colonización futura sin enterarse de este pasado y presente, muy típicos e importantes. Muy pocas personas se fijan en la necesidad ineluctable de que lo nuevo debe desarrollarse de lo existente, debe ser EVOLUCIÓN y no puede ser REVOLUCIÓN.

La primera colonización amazónica “mestiza” fue en parte prolongación del territorio nacional, costero y serrano, movimiento de frontera y de hombres, y en este sentido semejante a lo que hemos visto suceder en la conquista del Continente del Norte. En parte fue “colonización interior” suplantando al autóctono ingobernable y autosuficiente por el mestizo dócil y deseoso de “explotar y comerciar”. Pero en nuestro caso no

hubo movimiento en masa de familias, no hubo antagonismos fuertes entre dos grupos de pronunciada diferencia tipológica y mental. Hubo conflictos, pero casi inmediatamente, también, amalgamación. Desde la actuación histórica de Túpac Yupanqui este proceso nunca se ha calmado. Los colonos vinieron primeramente infiltrándose, después con más exigencias, estableciéndose y defendiéndose. Subyugaron y asimilaron, pero fueron, asimismo, subyugados por el ambiente y asimilados por los autóctonos. Su vida se hizo un compromiso. No tengo que repetir lo que he expuesto en otro lugar. El inmigrante célibe, sin recursos técnicos, no pudo evadir a este destino, ni el serrano, ni, más tarde, el extranjero, no importa de qué ascendencia. La mujer regional, conservadora por su sexo, su educación y sus ocupaciones, desempeñó un papel trascendental. La Selva, por ser selva, se mantuvo un crisol de razas. La Selva, por ser selva, tiende a igualar a todos los que no pueden dominarla, ni cambiarla en sus aspectos fundamentales. Sin recursos técnicos de cierta importancia, el poblador está condenado a vivir más o menos a la manera del “animal humano amazónico”: la verdadera colonización de la selva amazónica es un problema educativo, técnico, económico. Es asimismo, un problema humano.

Cada colonizador se define, en sus características, por sus centros de intereses, que dirigen la política y la economía; por el terreno que determina su carácter y los productos de su industria; por los hombres que le abren posibilidades y las convierten en realidades industriales; por los conflictos que surgen y por la política preventiva que permite darles una solución, propicia para los fines y propósitos duraderos de la colonización.

Fines y medios de la colonización futura

Repito: “Colonizar una región quiere decir tomar posesión de ella, conectarla con los intereses de grupos humanos, crecidos y establecidos fuera de los límites de la futura colonia. Colonización, por ende, es expansión humana tanto en todo lo que se refiere al comercio, a ciertas formas de civilización y cultura, a instituciones de cultos religiosos o de enseñanza, cuanto a grupos de hombres que aprovechan de sus posibilidades o ceden a sus necesidades para implantarlas fuera de su tierra natal, de un modo fugaz o permanente”.

Se trata de la colonización del Oriente peruano. Pero deliberadamente no quiero detenerme en discutir aquí y ahora los departamentos de Amazonas y San Martín, en cuanto su fisiografía difiere de la Selva amazónica. Tampoco hablaré de los departamentos del Sur que se extienden hasta la hoya amazónica. *Las pendientes andinas son muy diferentes, descuellan, muy a menudo, por sus suelos ricos; y sus problemas, por consi-*

guiente, son otros aunque intervengan o tengan que intervenir en la vida selvática, por su capacidad elevada de producir alimentos de toda clase, café, cacao, tabaco. Las gentes de estas regiones andinas subtropicales han contribuido en primer lugar para sustentar la colonización de la parte selvática, de la planicie tropical. Me he referido al hecho, estadísticamente comprobado, que los nativos de Moyobamba y lugares semejantes se distinguen por su vigor y su longevidad: son, por ejemplo, en Iquitos los únicos que, pese a estadías prolongadas en la selva, llegan a vivir 80 hasta 100 años. Es casi un experimento de hombres para demostrar la validez general de estas experiencias de laboratorio que han llevado a la conclusión que la alimentación durante la niñez, por su carácter completo y protector, decide sobre la plenitud y duración de la vida adulta.

La pendiente andina, en un porvenir cercano, debe desempeñar un papel más importante aún para aumentar el abastecimiento alimenticio de la selva y para emanciparla de importaciones extranjeras muy costosas.

Además —y repito lo que he expuesto hace 4 años— *su clima favorable junto con su alimentación abundante y sana (leche, verduras, carne fresca) nos facilitarán establecer estaciones curativas y de recreo, de suma utilidad para mantener los habitantes de la selva por mucho tiempo en plena posesión de su poder trabajador (Hill Stations).*

* * *

La Selva, por su propia naturaleza es una región apropiada para abastecer con materias primas. ¿A quién?

En parte, por supuesto, al resto del país, en primer lugar la Costa industrial y adelantada en civilización; después el resto del mundo, aprovechando el Perú, en su totalidad, de los productos de la selva para mantener el intercambio económico de vital importancia, para equilibrar su balance de importaciones y exportaciones.

El país, por ende, tiene un altísimo interés en intensificar y mantener su dominio en la selva tropical, igualmente en controlar todo lo que intervenga o pueda intervenir en el progreso económico de tan preciosa provincia. Tal política “higiénica” y previsoramente debe encauzar todas las medidas parciales y regionales, *debe controlar las dos fuentes de la existencia económica y de la “riqueza” de la Amazonía: sus materias primas y los hombres que puedan convertirlas en valores.* Las fuerzas materiales del desarrollo del Oriente, sus cosas y sus hombres, deben ser sometidas al control de la sociedad para evitar, dentro de nuestra área tan reducida, los conflictos y el desorden que han causado el cataclismo mundial al cual asistimos.

¿Tenemos el derecho de llamar a eso “colonización”?

Creo que sí. La nación toma posesión definitiva de una región que, nominalmente, le pertenece desde hace siglos. Pero sólo recientemente comienza a incorporársela. Todavía la naturaleza domina al hombre y le hace sufrir; todavía el hombre vive, sea un “animal amazónico”, un autóctono primitivo, sea un hombre reducido, sufrido, resignado, un hombre que no es libre a causa de las deficiencias de su vivienda. Y de sus penurias. Hemos hecho el diagnóstico del mal; lo hemos tratado detenidamente en la exposición sobre la “Campaña Sanitaria”, sin embargo, sin agotar el problema que incluye otro, de la “Civilización del indio selvícola”. Lo he dicho antes: el terreno al alcance de un colono, muy a menudo, vale igual al número de indios que colaboran con él. Los indios se “domesticán”, pero no se civilizan, o por lo menos, este proceso es muy lento y llega a través de una proletarización de tantos grupos familiares que el precio de su contribución a la obra del “colono mestizo” parece demasiado alto, siempre si se considera la perduración, la continuidad del desarrollo, lo que ningún pueblo, ningún gobierno puede descuidar.

Se ha comprobado en la historia de la colonización humana cómo es peligroso para la actividad económica y para la salubridad que la garantiza, si trabajadores libres tienen la competencia de otros que, aunque no sean esclavos, no llegan a obtener condiciones iguales o semejantes a aquellas que rigen para el operario normal.

Las materias primas deben ser baratas, para tener mercado y para resistir a la competencia no sólo de productos naturales de procedencia diferente, sino, en nuestros tiempos, de [material] sintético.

Una colonización, consciente de sus deberes y de la realidad, debe ocuparse de mantener la vida barata, para un trabajo barato.

Ningún trabajo de rendimiento insuficiente es barato, sea la que fuera su recompensa.

Actualmente en nuestra Amazonía la mano de obra es desmesuradamente cara, si el tiempo necesario para producir, y la calidad del producto, se toman en debida consideración. El fracaso del abastecimiento alimenticio a raíz de la guerra, el aumento continuo de precios y salarios, han realzado este hecho de importancia fundamental. La producción se hace cara, y la vida empeora; como la influencia de la nutrición sobre el trabajo y su rendimiento es conocido, resulta un círculo vicioso doble y muy peligroso que la política futura debe romper.

La Selva, para producir en condiciones económicamente aceptables, ha de disponer de alimentos suficientes, a bajo precio. Éstos se consiguen sea de la pendiente andina, del Alto Ucayali y del Huallaga, por ejemplo, sea por producción propia. Sin embargo, el número de trabajadores disponibles es

relativamente reducido y cualquier aumento del trabajo “industrial” disminuye ésta, como lo he expuesto con las cifras respectivas en el “Panorama General”. Por eso, es de vital importancia que se establezca nuevamente un equilibrio entre las dos producciones, la industrial y la nutritiva.

Gran parte de la labor selvática está ejecutándose por parte de los indios. Muchos caen en la desgracia de la dependencia y de la insalubridad del ignorante pobre. *La labor de estos indios es valiosa y, a mi modo de ver, insustituible.* Pero el procedimiento actual es peligroso y apto para privar la región de elementos humanos muy adaptados, vigorosos y en su mayoría aún relativamente sanos.

¿Quién va a colonizar?

Si colonizar equivale a tomar posesión, incorporar a la nación y orientar de manera duradera el tesoro natural que representa la labor humana, concentradas en las posibilidades económicas regionales, entonces *la colonización amazónica consistirá forzosamente en la creación de centros de regeneración, tanto de sus riquezas naturales cuanto de los hombres que les deben dar valor por su trabajo.*

La procreación es fuerte, no sólo entre los colonos, sino también entre los indios. Pero la Insalubridad general impide que el hombre amazónico llegue a la plenitud de sus capacidades. *Para proveer la Amazonía nuestra con sus colonizadores, tenemos que forzar la Campaña Sanitaria* como he expuesto con todo el detalle necesario. Ha de extenderse hasta los autóctonos y resolver su educación apropiada para incorporales, sin pérdidas peligrosas, en la organización social.

Recuerdo la palabra de Gemán Arciniegas: Toda la riqueza de las colonias americanas reside en la riqueza humana. La Amazonía, tierra de refugios, también servía como retiro a ciertas vicisitudes, a ciertos vicios del coloniaje.

La colonización se hace basándose en hombres y de familias. Se ha hablado mucho de llamar a colonos del extranjero. Cuanto más me esfuerzo a enterarme de la realidad tanto menos creo que eso debe ser el método preferido para nuestra región. Lo que nos faltan son hombres sanos, sencillos, que laboren, pero no hombres que hagan trabajar a otros. La Francia de Luis XI, la República de Venecia, en su apogeo, la Rusia del zar Pedro han dado ejemplos ilustres cómo el desarrollo de las fuerzas nacionales puede aprovechar del discurso de cierto número de elementos extranjeros, aptos a vivificar la industria. Su asimilación no es “colonización extranjera” o “traición a los intereses nacionales”, sino señal de fuerza vital y de voluntad progresiva. Tan sólo un “sentimiento de inferioridad”, basado en “minusvalías”, como son tan frecuentes en la

actualidad de la Amazonía, puede oponerse a tal política sana de cooperación y asimilación, y el proceso de regeneración, automáticamente, vencerá tal actitud xenófoba que jamás se nota en los mejores elementos que se sienten suficientemente fuertes para aceptar lo bueno donde se encuentra. Pero sólo en este sentido, creo yo, se puede esperar algo favorable de elementos extranjeros, como catalizadores, como maestros de oficios, entrando con su mente y sus capacidades en el proceso formativo que queremos fortalecer y acelerar. La verdadera colonización debe apoyarse en los elementos arraigados, elementos sea de la Amazonía baja, sea de las pendientes andinas, con el concurso de otros elementos que se agreguen por inclinación o preparación. *Tal nueva población mestiza, envuelta ya hoy en día en un proceso de selección y ascenso social, formará las familias que los hombres deben crear para arraigarse en su suelo nativo.* Tal proceso será semejante a lo que aconteció en Java y Sumatra.

Para quien desconoce la Amazonía siempre hay lugar a errores graves: se acepta que el mapa señale tierra habitable, lo que no es justo ni para las pendientes andinas, ni para la Baja Amazonía. La hoya amazónica, ni es comparable con el valle del Misisipi, ni con el del Nilo. Más del 60% del terreno bajo se inunda por lo menos durante 5 meses al año, aunque esto aumente el terreno apto para el “jebe fino” y ciertos árboles que puedan tener un porvenir en el mercado mundial, si se introdujera, por fin, un régimen nacional de cuidar y desarrollar estas famosas “riquezas”, lo que, hasta este momento, ni decretos, ni “sociedades para la protección de la naturaleza” han logrado obtener. Así se limita, considerablemente, la posibilidad de colonizar estas regiones. Con todo, la población podría hacer mucho progreso, todavía; pero cada intensificación exige previsión y protección, y asistimos al espectáculo de las dificultades que se oponen a su desenvolvimiento, dificultades que no pueden ser vencidas sin la labor sistemática de muchos años con un espíritu muy crítico y sincero, siguiendo un plan cuya idea general no se altera. Los resultados no deben confundirse con las aspiraciones, como pequeños criaderos de plantas silvestres no pueden aceptarse como testimonios de un reforestación. Colonización se hace sobre la base de un empuje viril de colonos —aptitud del grupo y de los individuos, para enfrentar la situación—, y de un cálculo serio de todos los factores, favorables y desfavorables, que intervendrán en la obra. No cabe duda de que el material humano que actualmente se ofrece para el proceso regenerador exige un estudio más profundo. De igual modo los colonos futuros deberían ser sujetos a cierta selección que considere su aptitud física y moral: ni débiles ni enfermizos, ni desequilibrados sirven para la tarea pesada de poblar la tierra virgen de los trópicos. Si no necesitamos académicos, por lo menos se exige cierta educación. Entonces, sí, la parte andina

como las tierras bajas soportarán, quizá, una colonización bastante más densa, siempre y cuando su condición económica mínima sea asegurada. Pero introduciendo algunos grupos de hombres o familias de tal manera aventajada que se establezcan en condiciones superiores a lo común, descuidando al resto, incluye el peligro de un movimiento nativista³⁴ (nacionalista-indígena), de una estratificación social y económica de indudable peligro para el desarrollo de la población íntegra, sin poder prevenir un desliz civilizador en el porvenir, si el fondo económico no será estable, si la mezcla heterogénea, una vez más, será inevitable.

Creo que mis exposiciones no dejan lugar a dudas: según mis observaciones, la húmeda selva tropical ha permitido que hombres blancos de origen muy diferente se establezcan y formen familias numerosas.³⁵ El verdadero peligro consiste en el desliz de las generaciones venideras a raíz de la “aclimatación social y económica”, del acercamiento a condiciones existenciales que la mayor parte de los moradores ha desarrollado por la fuerza de su vida pobre cuyas características se han trazado en los diversos capítulos de este libro. No hay que exagerar, ni lo malo ni lo bueno. El clima tropical, como lo encontramos en la Amazonía, no es alentador. El hecho fundamental de la superioridad de gentes nacidas en la zona alta, subtropical, de San Martín, documentado por el vigor y la longevidad de los individuos que se trasladaron a la Selva comparándoles con los nativos de ésta, tiene un valor trascendental. Pero, de otro lado, casi ningún colono nativo de la Selva, gracias a las condiciones aun dominantes de su ambiente, pudo criarse en debida forma. Es cuestión de inteligencia, es cuestión de educación y protección sanitarias. Así confieso que me inclino hacia los conceptos optimistas del general Gorgas y de Sir Raphael Cilento. No hay lugar a dudas que Greenfell Price (*Foreign Affairs*, 1940) tiene razón señalando cómo americanos y africanos del Sur saben demasiado bien que poblaciones “de color”, organizadas bajo el sistema de plantaciones, pueden subyugar al operario blanco y crear el problema del “blanco pobre” (“*poor white*”), absorbiéndole. Lo he descrito basándome en amplias observaciones propias. Con todo, para nuestro medio ambiente, la pregunta no está bien hecha. En la

³⁴ Compárese Ralph Linton, “Nativistic Movements”, en *Amer. Anthropol.* 45, 2, 1943.

³⁵ Una vez más quiero insistir en la posibilidad del hombre blanco de radicarse en estos trópicos. Con ocasión de esta guerra se habló de que no era apto para eso, “*not geared to tropics*”. Se inculpa al clima, pero nadie ha investigado suficientemente hasta qué grado otros factores eran responsables de los trastornos nerviosos, o si se trataba de individuos especialmente dispuestos para reaccionar en forma violenta a cualquier situación como aquella que se produjo —*en* y, quizá, no *por* los trópicos. Las condiciones pacíficas son más claras que las bélicas, y me refiero exclusivamente a ellas. Con todo, el hombre para adaptarse a un ambiente nuevo, necesita economizar sus fuerzas, evitar excesos, vivir una vida sobria y, en los trópicos, pese a todo, continuar manteniéndose fuerte y ágil, por ejercicios físicos que se imponen imperiosamente.

Amazonía la amalgama racial es un hecho, el mestizaje ya es destino y, si tal juicio se admite, bueno. Esta región no entra en cuestión para establecer colonias macizas, por ejemplo, de judíos, problema que discute Greenfell Price aludiendo a su situación desesperada en Europa. Muchos individuos se han establecido bien en esta región, mezclándose con el resto de la población, un elemento destacado por su inteligencia, su adaptabilidad, su resistencia física. Pero tal experiencia no permite conclusiones favorables sobre una “colonización judía” como aquella que más bien se ha discutido que estudiado, en el conjunto de ciertos proyectos del pasado. El colono judío, en esta zona, ha desaparecido como judío. Lo mismo aconteció con los polacos o alemanes, con algunos japoneses, y con muchos chinos. El destino del que emigra, mal definido, a la Selva, es tan “zoístico” como la misma vida primitiva; hombres que entran en tal asociación biológica no tienen sino dos perspectivas: sea se mezclan, sea luchan. En el primero de los casos desaparecen amalgamándose; en el segundo, debe establecerse algo como un equilibrio entre ellos y los grupos preexistentes, sobre la base de la competencia mutua, con la intervención importante de la educación, de la alimentación y de la propagación, que son los 3 factores decisivos de la lucha biológica entre hombres. Éstos representan el “animal culto” que cae bajo las reglas de Vito Volterra (compárese Volterra, *Lecons sur la théorie mathématique de la lutte pour la vie*, París, 1931, y las obras de Lotka, Pearl, etc.). De modo cualitativo, por el momento, tal comportamiento se diseña con suficiente nitidez al estudiar las relaciones interhumanas en la Amazonía, los trastornos provocados por las inmigraciones subsiguientes hasta los actuales a raíz de la “inmigración” o irrupción fugaz de forasteros. Una colonización pro grupos macizos, forzosamente, llevaría a la subyugación de uno u otro elemento étnico, a luchas que comienzan con movimientos “nativistas”, o con balas y flechas envenenadas. Por eso, la solución del problema del habitante futuro se decidirá sea por la fuerza o por un convenio, y así el mestizaje me parece una solución bastante feliz y, en consideración de todos los factores, verdaderamente preferible. La colonización como movimiento planificado es eminentemente un problema práctico que debe ser guiado por consideraciones reales, sobrias, imparciales.

Actualmente notamos una condición mórbida de los grupos familiares; asistimos, además a la fuga de muchas personas que logran económicamente salir de la región y trasladarse a otras partes de la República. Las razones para esta “fuga” son bien concebibles: la vida aún es pobre, y el porvenir parece más propicio en la Costa, tanto para adultos enérgicos cuanto para sus hijos que necesitan instrucción para ascender en la sociedad. Ciertas enfermedades endémicas, consecuencias de la miseria social, han influi-

do un terror pánico a los parientes de quien las ha contraído: conozco muchas familias de leprosos que aprovecharon de la primera oportunidad para abandonar la selva. No tengo que repetir que esta situación parece un anacronismo, que la organización médico-social del Oriente dominará. El hombre vencido, prisionero de su ambiente, no quiere otra cosa que escapar. El hombre libre, colonizador de su propia voluntad y establecido de un modo económicamente sano, no piensa en abandonar los frutos de su labor, a ellos une su destino.

La regeneración, de la cual hablo, comenzará en las escuelas rurales, indígenas y elementales, en jardines de infancia y en escuelas vocacionales, en las colonias militares y en las guarniciones, y busca a mejorar y evolucionar todo lo que entra en la idea de la "vivienda amazónica", mediante el ejemplo vivo y convencedor de las experiencias que se recogen en estos "centros de regeneración de la vida amazónica".

Me parece de muy poco valor trazar, en este conjunto, un programa detallado. La obra de educación y de enseñanza no la hace el programa escolar, sino el maestro, capaz y entusiasta. Todo nace del espíritu. La obra educadora debe penetrarse espontáneamente de la concepción de su misión con referencia a la Amazonía. *Cada hombre entendido, militar o civil, debe hacerse "misionero" de tal regeneración, que contará con tantos centros cuanto habrá hombres, aptos para crear y mantenerlos.*

Aunque la obra más importante incumbe a la transeducación de los niños, el ejército desempeñará un papel fundamental en el renacimiento del Oriente. Si la enseñanza de Higiene se hace eficaz para cada soldado; si las guarniciones y colonias militares se transforman de modo progresivo en planteles de instrucción práctica de labores agrícolas y técnicas (agricultura, horticultura, mecánica, etc.), como se propone un plan que ya está realizándose, según mis conocimientos, entonces hemos encaminado bien nuestra empresa colonizadora.

* * *

Se plantea otra cuestión, sumamente difícil: ¿En qué dirección ha de desenvolverse la actividad humana?

Los trópicos lluviosos, por lo general, son productores de materias primas; la selva amazónica misma produce maderas, resinas y gomas, alcaloides, nueces, pieles, oro y petróleo. Hay industrias posibles, pero aún no desarrolladas, como la de aceites finos, de conservas de palmeras, de diversas frutas, de pescado. Necesitamos estudios como aquellos que la "Foreami" ha hecho en el Congo Belga (Baeyens, Wildeman y otros), necesitamos organizaciones como las holandesas, en Java y Sumatra, las cuales he discutido anteriormente.

Si he hablado en primer lugar del problema humano, lo he hecho porque creo que la regeneración física irá junto con la conciencia cívica, con el amor a la región, lo que permitirá dar vida y ejecución a las leyes protectoras de la naturaleza que valen exactamente lo que los pobladores comprenden de ellas. Me ha gustado mucho leer en el libro de Langdon White y Renner: "En la Amazonía el gobierno se aplica tan sólo a los blancos, mestizos y empleados. Es inefectivo entre los indios que viven lejos de los ríos por ser inaccesibles". Acaso esta fórmula no es de toda justa. No se trata sólo de indígenas que son inaccesibles, o mejor dicho, impenetrables, mentalmente. Son lo que he llamado "culís" analfabetos e inconscientes, pero culís de colonos, pobres e ignorantes ellos mismos.

La obra colonizadora se efectuará bajo la dirección devota del médico, del maestro y del oficial, con la ayuda del agrónomo y de los técnicos forestales y piscicultores. Las políticas sanitaria y económica deben acoplarse de la manera más firme y con el más alto grado de comprensión mutua.

* * *

Necesitamos pues, un verdadero éxito de nuestros esfuerzos sanitarios y técnico-económicos. La Amazonía no es Java; le falta el suelo volcánico; pero nuestra región tiene sus playas y bajíos que el río abona, año tras año, con su carga erosiva. El Amazonas, tampoco puede compararse con el Nilo; pero hay ciertos puntos similares, y la inteligencia humana, debidamente organizada, puede hacer mucho para aprovechar de esta semejanza, de esta oferta que la naturaleza le brinda.

No creo que la Amazonía se convertirá fácilmente en país competidor con otros, agrícolas, de climas favorecidos. Pienso en el sostenimiento alimenticio propio si reclamo un aumento considerable de la producción agrícola y ganadera. Las razones económicas que me conducen las he expuesto al principiar esta parte de mi exposición. Me incumbe ahora detenerme en las posibilidades reales de la ejecución.

Lo que distingue la tierra amazónica es la separación en "playas", *tahuampas* y "bajíos"; restingas y alturas, con características edáficas (del suelo) bien diferentes.

El suelo de las alturas es generalmente mediocre o malo si se lo emplea para la agricultura, es decir después del rozo. Eso es, como se sabe, la causa del cambio continuo de las chacaras de los autóctonos. Las plantas mismas y las lluvias acaban pronto con los valores nutritivos de estos terrenos. La técnica acostumbrada de "rozar y quemar" ("*slash and burn*") enriquece momentáneamente el suelo con potasa y calcio, lo que aumenta por un tiempo limitado la cosecha. Mucho más

rica es la restinga virgen o el neoluvio, producto de la sedimentación del río y sitio preferido de los cultivos del “colono mestizo” quien, en contraste con muchos indios opta por la orilla, en lugar del monte, tanto para vivir como para cultivar. Pero se entiende que la fertilidad de este suelo, también, es “engañadora” y de corta vida, una vez que el suelo despojado esté expuesto a las lluvias torrenciales. Por eso hay el ciclo natural y típico entre restingas cultivadas y restingas en regeneración (*purmas*). Los “bajíos” y las *tahuampas* forman el lecho del río como se presenta durante la creciente. La pérdida considerable en velocidad procura aquí, año tras año, depósitos aluviales importantes. Si en las *tahuampas* o *swamps* crecen árboles, palmeras, especialmente jebe “fino”, los bajíos y las “playas” se prestan para cultivos rápidos, entre dos crecientes grandes, por su desnudez y su fertilidad. Arroz y diversas leguminosas (frejoles, maní, etc.) cucurbitáceas, crecen muy bien y sólo los caprichos de la naturaleza, los roedores y las aves, ponen la labor humana en peligro. Estos cultivos no fomentan el paludismo. La protección contra pestes por hongos, en este terreno siempre virgen, es relativamente fácil. Si se considera aún, con frecuencia, el arroz de la Montaña como inferior, eso se debe a la falta de proceder conforme a las experiencias de la agronomía, a la falta de selección adecuada de variedades, aptas para la Montaña. La maduración es aún tan desigual que la cosecha y resulta muy trabajosa; pero eso no es un obstáculo invencible. Que una explotación excelente de las “alturas” para fines de agricultura y horticultura es bien posible, enseña la experiencia, por ejemplo, del rendimiento de cierta empresa de Iquitos, siempre y cuando la labor se efectúe con la técnica y el esmero necesarios. El exceso de sol y lluvias obligan a una atención continua que ni siquiera puede interrumpirse de noche. En los trópicos, la comida crece en la boca, sí; pero ¿qué clase de comida? Hábitos alimenticios, ignorancia y pereza se unen para impedir el progreso, para perjudicar la Salubridad. La agricultura es factible, pero exige conciencia, esfuerzo, salud; y la salud exige formas superiores de agricultura como la economía de productos baratos, es decir regionales.³⁶ Aumentando los sembrados y empleando semillas buenas, las cosechas

³⁶ No es aquí el lugar para detenerme en cuestiones de agricultura; pero sin ser agrónomo me parece justo expresar mi opinión que, ni los cultivos de maíz, ni los de camotes (patatas, en diversas variedades) se cuidan en correspondencia con su importancia posible. El doctor Ware, de la Estación Agrícola de Alabama, señaló, hace poco, que el maní (cacahuete, *peanut*) en combinación con el camote, procura una comida casi completa por las cantidades considerables de hidratos de carbono, grasa, proteína, vitaminas y minerales. Diversas veces he insistido en el descuido de estos elementos básicos de una dieta regional sana. La dieta india, también en este caso, se acerca por su empirismo sano mucho más a las exigencias higiénicas modernas que los hábitos empobrecidos del colono que desdeña plantas naturales de cultivo fácil y de valor considerable.

fácilmente pueden multiplicarse. Organizando mejor la molinería gran parte del problema de la alimentación barata se resuelve sin mayores dificultades.

La combinación de cultivos de maíz, con otros de leguminosas, y con plantaciones de árboles de pan facilitan grandemente la cría de animales domésticos; el trigo Atlee y las gramíneas sustentan el ganado, junto con los frutos de palmeras y con residuos de semillas de algodón. Actualmente el número de todos los animales domésticos vacila atrozmente con el ritmo del río, que es el ritmo de los alimentos, disponibles casi sin trabajo. Invirtiendo la labor necesaria, las crías no serán siempre fáciles, pero seguramente muy superiores a lo que se encuentra hasta ahora. La labor de la chacara siempre se ha hecho para satisfacer las exigencias del momento. La primera y segunda colonización amazónica, por no ser agrícola o campesina, han descuidado casi completamente esta inversión de labores para el futuro, que garantizan un desarrollo, que procuran una producción excelente para un mercado. Eso tiene su causa bien clara en el modo de vivir de la Amazonía.

* * *

En el programa de la Campaña Sanitaria he insistido en el papel central que desempeña la vivienda amazónica, es decir, el modo de vivir, la habitación, la comida del poblador.

La manera de vivir india siempre me ha impresionado como muy inteligente. La ventaja que grupos chicos de personas, unidos por intereses comunes, por lazos familiares, ofrecen frente al peligro de la insalubridad, es evidente. La separación de sus moradas, su colocación en sitios prácticamente libres de paludismo y, muy a menudo, de zancudos, su alejamiento de las chacaras, de los ríos, hasta de las chozas que sirven, eventualmente, como dormitorios, todo eso es, sin duda alguna, embebido de experiencias protectoras aunque inconscientes, nacidas, quizá de intenciones bien diferentes de las que nosotros discutimos.

Se ha dicho que el pueblo agrícola, no el mercado, es el prototipo de la ciudad. *Los pueblos de la Amazonía casi nunca son pueblos agrícolas; algunos cultivan, otros no, pero ni uno, ni otro es característico para el pueblo, para su génesis.* La vecindad de un "fundo" importante, o la presencia de una escuela, ventajas de transportes, posibilidades de vender leña para lanchas, con el pequeño comercio que lo acompaña, todo eso influye sobre la formación de un pueblo. Frecuentemente un pueblo impide la cría de ganado, dificulta la de otros animales, por los transtornos que se crean entre vecinos, por la escasez del terreno, por la falta de un pedazo de selva donde los chanchos puedan vagar nutriéndose por su propia cuenta.

No hay, ni la influencia cultural de una Iglesia, ni la diferenciación del trabajo individual; apenas de vez en cuando se encuentra un curioso que sepa reparar una escopeta o que haga un poco de carpintería, con un mínimum de herramienta. La agricultura queda, al igual que los individuos, a menudo reducida y, a veces, considerablemente. *Los pueblos, con frecuencia, toman más bien un aspecto parasitario.* Lo mismo, más o menos, se puede decir de ciertos “caseríos”, donde se unen algunos colonos, en una “isla”, sobre un pedazo de “altura”, cerca del río, con o sin escuela, todo eso un producto de ciertas condiciones locales y del deseo del colono de tener algún vecino, de aprovechar de cualquier ventaja que brinda la ubicación del caserío. La ciudad misma es un pueblo crecido, de este tipo, crecido por hacerse mercado más importante, por ser sede de autoridades.

Tenemos, entonces, el cuadro siguiente de la repartición de los pobladores: indios en su mayor parte un poco alejados de los ríos y quebradas, en el monte, otros cerca del río; colonos en distribución suelta a lo largo de los ríos, densamente en los grandes, más y más raros, en los más chicos; a consecuencia de condiciones especiales del terreno, la formación de caseríos que se aproximan, en grado variable, a pueblos; y pueblos mismos que muy raras veces, si alguna vez lo son, agrícolas en el sentido estricto, con frecuencia, al contrario, se hacen parásitos de la “economía de los indios”, de la “industria de extracción”.

En la Amazonía hasta hoy la Iglesia no ha podido establecerse como un poder espiritual, a causa de la vida del colono que he caracterizado como un compromiso entre la de sus antepasados de ambos lados, los civilizados y los autóctonos, compromiso material y espiritual, que del catolicismo no ha tomado nada sino pocas fórmulas casi mágicas que influyen sobre su mentalidad profunda. Eso es todavía más justo para los indios autóctonos, hasta los más domesticados, pero no se limita a ellos. De los Indios del Alto Napo transmite de Warrin la leyenda siguiente: “Hay un infierno como lo enseñan los curas de los bancos, pero sólo para ellos y no para los indios que tienen sus brujos, los que toman ayahuasca (*ganawasca*). Los indios después de su muerte se transforman en animales; los viejos, de carácter malo, en tigres; por eso, el indio no tiene miedo al tigre que toma por un simple hombre como él mismo lo es...”.

* * *

Educando de manera firme a la generación venidera para que tenga costumbres y exigencias higiénicas elevadas hacemos la mayor presión sobre la transformación progresiva de las moradas, inducimos automá-

ticamente la formación de nuevos pueblos “de escuela”, que al mismo tiempo serán agrícolas en el sentido deseable; y eso lo sabemos, es absolutamente factible en nuestra Amazonía. Las exigencias crean la producción. Con eso se formarán los profesionales en materias alimenticias que la selva necesita. Utilizando el Oriente su producción propia y la de la vecindad para procurarse una comida amplia y sana, añadiendo aquellos productos importados que puede recibir a bajo precio en intercambio con los productos suyos que exportan sus lanchas, un problema fundamental del renacimiento, de la colonización, será resuelto. Los pormenores de este arreglo no pueden ocuparnos aquí. Pero es fácil para comprender que de esta manera el costo de la vida bajará otra vez y aún más que antes, hasta un nivel que admite una industria normal de materias primas. La condición actual es absurda, artificial y llena de peligros graves para el porvenir de la colonización. La salvación no consiste en el control de los precios, sino en la reorganización de la producción alimenticia que debe ponerse de acuerdo con la producción general, pero no en la forma arcaica e individual del primer grupo indio, sino en un plan elevado de la vida social y económica de toda la región y desde el punto de vista de la continuación. *Un manejo inteligente de seguros sobre la cosecha y de préstamos agrícolas permitirá sin mayores dificultades controlar la producción en su forma suficiente para prevenir situaciones críticas a raíz de sobreproducciones que son absolutamente posibles. La condición actual lleva a alucinaciones y prepara colapsos. Cada patriota, cada persona consciente debe contribuir a normalizar la producción y la vida.*

Para una colonización en debida forma la lepra, por ejemplo, no presenta ningún impedimento. Todo depende de las medidas protectoras que obran desde el primer momento. Cuando el ingeniero D. Pablo Boner construyó la Central Eléctrica de Callahuanca, en la zona verrucosa de los preandes, una premeditación de las necesidades higiénicas llevó a un éxito triunfal. De la misma manera la población de una región selvática virgen permite, según mis conocimientos y experiencias, una defensa casi completa contra los males, chicos y grandes, que amenazan y estropean la vida desordenada y mal vigilada de los colonos pobres como la encontramos en este momento. En una verdadera comunidad humana, como un grupo de colonos debía formarla, la lepra no puede echar raíces. El control preventivo siempre es infinitamente más barato que el exterminio “quirúrgico” de un mal. Sólo la ceguera higiénica puede inducir a acallar o desmentir hechos que son fundamentales para el porvenir de un pueblo; puede hacer caso omiso de peligros como si toda la historia de la Higiene estuviera aún por escribirse. La colonización amazónica es posible si se aceptan las máximas de sentido común que profesaba un Lyautey, lo que hizo su gloria y la de su patria. Por desgracia, como lo ha señalado

un hombre muy sarcástico, el sentido común se llama así por ser el menos común de los sentidos. Esperemos que la colonización futura de la Amazonía no sea confiada a personas que carezcan de la preparación y de la vocación de cumplir con una de las tareas más fascinantes que el cerebro de un médico moderno puede imaginar.

La Amazonía, recordando una frase sumamente inteligente de Alberdi, de modo trágico se considera como rica, tomándose por riqueza lo que, en verdad, es una remota posibilidad de producirla. Su colonización es la realización de este don de la naturaleza, es la conversión consciente de cosas naturales y de hombres, vegetando en su condición primitiva, en instrumentos y ejecutores de una acción civilizadora llena de intenciones y abierta al progreso humano. Mediante la colonización, el hombre tiende a elevarse por encima de un ambiente que domina al primitivo, dejándole justamente existir, un animal entre otros, un animal humano, por supuesto, con amplias facultades de escapar a esta servidumbre. La colonización de la Amazonía es la ayuda que el progreso material de la humanidad presta a los pobladores para que puedan participar en este proceso evolutivo. Por eso, su base es la educación para la vida próspera y sana en este ambiente; por eso, la colonización es una obra constructora y reconstructora que debe comenzar por los fundamentos, y la exposición que he hecho, ambiciona, apenas, señalarlos.